

Jeromin

• 10 • céntimos

AÑO III

Premio extraordinario y medalla de oro en el Congreso Catequístico de Zaragoza
— REVISTA PARA JOVENES AMANTES DE LA CULTURA, DE LA GRACIA Y DEL ARTE.—Madrid

Núm. 119

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



Narraciones Ejemplares



Alegres y alborozados como bandada de alondras, así salían de la escuela todas las tardes las niñas de cierto pueblo, cuyo nombre no hace al caso. ¡Qué de saltos y de gritos y de carcajadas! ¡Qué de diálogos a voces, nunca concluidos! Alegría tan bulliciosa era causa más que suficiente para que llamase la atención de todos los vecinos una niña, como de ocho años de edad, pobremente vestida de luto, pulcra y

aseada, de fisonomía inteligente, a cuyos negros y rasgados ojos asomábase en llamaradas un alma muy despierta y a la vez muy triste. Esta niña nombrábase Anita; era la más humilde, aplicada y juiciosa de todas las educandas, y de tal suerte se captaba la estimación de cuantos la conocían, que la misma maestra no se cuidaba de ocultar su cariñoso afecto hacia la criatura tan interesante. En vez de jugar y lo-

quear con sus compañeras de escuela a la hora de la salida, Anita, no bien ponía el pie en la calle, alejábase corriendo como si temiese que alguna de sus condiscípulas la quisiera detener o acompañar. —¿A dónde irá?—preguntábanse los curiosos, reparando en que la dirección que seguía siempre la niña era precisamente la contraria a la que debiera seguir para ir a su casa. —¿A dónde irá?—decíase también la maestra, ob-



servando, como todos los vecinos, que Ana encaminábase hacia las afueras de la población en vez de dirigirse a la pobre morada donde esperábala con vivo afán su anciano y achacoso abuelo, un hombre muy viejecito, enfermo y débil, cuya familia estaba compuesta de Ana y de un hermano de ésta, bravo caballerito revoltoso e inquieto, de seis años de edad, y al que todos llamaban cariñosamente Paquito. Porque

Anita y su hermano eran huérfanos y por esto vivían con su abuelo, el tío "Metralla", que así apodaban en el pueblo al viejo soldado que derramó su sangre en defensa de la patria, allá en lejanos y gloriosos días. Amanda, la hija del viejo "Metralla" y madre de los dos pequeñuelos, había sucumbido hacía pocos meses, víctima de una epidemia que asoló el país. Bueno, pues como lo huérfano quería tanto al anciano y a Paquito,

y era tan formal y tan enemiga de juegos y de correrías, llamaba la atención de todos el hecho de que diariamente al salir de la escuela se alejase del pueblo y huyese de las demás niñas. ¿A dónde podía ir Anita a tales horas? Una tarde de otoño, triste y sombría, de esa tardes que convidan a disfrutar del calor que despiden los secos y retorcidos sarmientos que arden chisporroteando en el hogar, no bien despidió a



sus discípulas la maestra, Anita salió, según costumbre, de la escuela y echó a correr en la dirección misma que todos los días. Asomóse al balcón la profesora, y fijó su mirada en la niña. —¡Pobre criatura!—pensó. Sin otro abrigo que su faldita de percal negro, sin nada que cubra su cabeza desafia la crudeza del tiempo y marcha tan animada y gozosa. ¿A dónde irá?... Y poniendo por obra su deseo de siempre, dispúsose a averiguar lo que nadie sabía:

el por qué Ana iba invariablemente al salir de la escuela en aquella dirección, opuesta a la que debería seguir para ir a su casa.

Y aquel día lo averiguó. Anita, cuando se alejó lo bastante para no temer que la acompañara ninguna de sus amigas, moderó el paso, siguió hasta el fin la calle, traspuso la esquina, y penetró en una modesta tienda donde vendían ropas y telas. —¡Buenas tardes!—saludó la pequeña.

—¡Hola, Anita!—contestóla la dueña del establecimiento. ¿Has terminado ya las gorritas de punto?—Sí, señora. Pero necesito algodón para concluir uno de los baberos. —¿Y cuándo podrás traer todo?—Mañana, al venir a la escuela. —Muy bien, hija mía; muy bien. Ten esa madeja de algodón, y mañana llevarás el abrigo para tu hermano y la toquilla para ti. ¿Ne-

(Continuará.)

LA MONTAÑA DEL MISTERIO

NARRACIÓN EMOCIONANTE LLENA DE MISTERIO Y AVENTURAS



—“¿Dónde estoy?”—preguntó Jim, adormecido, al ver a la joven cuyos ojos se fijaban en él con inquietud. —“No os turbéis”—replicó ésta; “habéis caído y vuestra cabeza ha recibido un golpe. Os encontré sin sentido y os he traído aquí para libraros de los rayos solares. Calmaos un ratito y

pronto os hallaréis completamente bien.” —A Jim le dolía la cabeza, mas haciendo un esfuerzo recobró la memoria y pateando nerviosamente gritó: —“Mi poney... se escapó; hay que ir tras él o se perderá, y yo no me atrevo a ir sin él. Agradezco a usted sus bondades, pero no puedo perma-

necer más aquí. Debo marcharme.” —La joven misteriosa le sonrió con cariño y dijo: “Confíe en mí y haga lo que le mande, pues si no corre peligro. Si tiene que irse, sígame: —“Gradualmente crecía el asombro de Jim al seguir a su misteriosa guía a través de las sinuosidades de la cueva, se-



mejante a un túnel. De pronto, ella se detuvo y dijo: —“Antes de seguir adelante tiene usted que vendarse los ojos.” —Jim consintió en ello y con este fin la alargó el pañuelo. Tomándole por la mano la joven misteriosa, le siguió de nuevo, hasta que pasadas otras grutas, salieron fuera, y Jim

pudo ver el brillo del sol a través del pañuelo y sintió la hierba bajo sus pies y los ruidos de las ramas en su derredor, y conoció que caminaban por una selva. Recorrido un corto trecho, la joven se volvió a parar y dijo con voz solemne: —“Es preciso que usted se detenga aquí; y no debe qui-

tarse el pañuelo hasta que yo le avise. ¿Oís?” —Jim asintió con la cabeza; y caminando rápida y en silencio, la joven misteriosa hizo señas a un negro que cerca le esperaba, para que condujese el extrañado caballo de Jim cerca de su dueño, caballo que el dicho negro tenía a su cuidado.



Después la joven misteriosa y el negro se marcharon sin hacer ruido, en tanto que Jim permanecía entre los árboles esperando la voz que le mandase quitarse la venda. Cuando la joven misteriosa interpuso entre ella y Jim un gran espacio de bosque, se

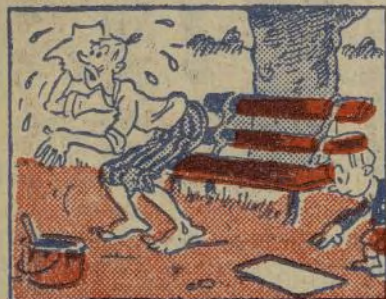
volvió y dijo: —“Hola”. —Velozmente Jim se quitó la venda, y mirando sorprendido en su derredor vió con asombro que su poney estaba a pocas varas de él muy tranquilo, y que de la silla pendían las ramas de siempreverdes que cortaba cuando se es-

pantó y echó a correr. Pero no descubrió huella alguna de la joven misteriosa. Una vez más había venido en auxilio de su amigo y había desaparecido tan misteriosamente como había aparecido.

(Continuará.)



—¡Bien, bien, Cascarilla! Te han ganado la cope. Has dado al jardín las veinte vueltas convenidas. Ya puedes descansar.



¡Uy... Cómo sudo! Y Cascarilla va a sentarse mientras el "nene" coge del suelo un cartón.



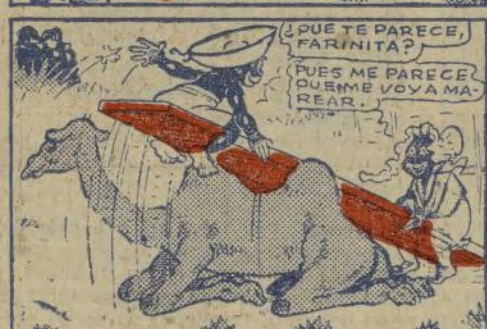
—No te sientes, Cascarilla; mira lo que dice aquí! ¡Caracoles! —exclama Cascarilla dando un salto... mortal...



Para sus pantalones, porque perdió el equilibrio, y ya ven dónde fue a colocar las posaderas. ¡Cómo se reía el nene!



Y para mayor desventura, después de correr tanto, tuvo que regresar a casa andando, porque... ¡Bueno iba a poner el asiento del tranvía!



DON SEVERO AVENTURERO



Quando Churrete iba recobrando la serenidad, sudó oro. Con gran respeto hicieron una reverencia, al asombro creció de pronto ante otro nuevo prodigio: mismo tiempo que decían: La mesa está preparada. A los lados de la puerta aparecieron dos camareros co-A Churrete, al oír tal cosa, se le dispararon todas las adreclutisimas, vestidos con ricas telas de seda, galoneados miracionez y reparos, y dijo: —Muy bien, amigos; muy



agradecido a tanta solicitud y pueden comenzar a servir. Los camareros, sin decir nada, muy serios, se dirigieron a un aparador de oro macizo, y cogiendo unos lienzos blanquissimos de lino, se dispusieron a servir. Jeromin, Churrete y Kiruska (sí, también Kiruska) tomaron asien-



bierto? Porque te advierto que yo no tengo un céntimo; la moneda era desconocida en mi reino de Nigricia. —Aquí todo es gratis; es la Jauja ideal. —Pues entonces, para abrir boca, que me sirvan un faisán. Apenas Churrete había manifestado su deseo, Jeromin oprimió

TERESA NINATA



Repollo



—Voy tarde y temo que la patrona me plante un "bigote". ¡Menudo genio tiene!



—Oiga, señor Repollo; llega a tiempo: es una mano para torcer esta sábana.



—Con mucho gusto, señora Pancracia. (Aparte.) Vaya, gracias a la sábana no me planta el "bigote".



—¡Pero no es usted bien animal, señor... Alcorneque! ¡Tome!!



—¡Vaya por Dios!, al fin me plantó el "bigote", y como pueden ver... de sargento retirado.



CAPITULO II

EN PLENA AVENTURA

Y la voz que tan sonora hacía el portavoz volvió a repetir: "¡Atrás! ¡La revolución manda en estas tierras! ¡Os damos diez minutos de tiempo! ¡Si en ese plazo no habéis vuelto el buque, os echaremos a pique a cañonazos!" Miguelín escuchó pasos precipitados sobre cubierta, órdenes secas y murmullos ahogados, comprendiendo en seguida que el barco iba a retroceder. Entonces decidióse a obrar; él no debía regresar a España; tenía que quedarse allí. Y sin pensarlo más, descendiendo de su observatorio, subió la escalera de la bodega, abrió empujando con los hombros la trampilla, encontrándose sobre cubierta, a un kilómetro escaso de las costas mejicanas. Un marinero le había distinguido y corrió hacia él. Miguelín, sin pensarlo un segun-



do, brincó ágilmente sobre la baranda y de un salto prodigioso arrojóse de cabeza al mar. "¡Hombre al agua!", gritó el marinero. "¡Dejadle!—exclamó el capitán—. ¡Que se lo coman los tiburones, ya que quiere quedarse en esta tierra maldita!" Miguelín entretanto nadaba entre dos aguas para no ser visto desde la costa. De pronto estremeciéndose y un escalofrío de horror paralizó sus movimientos. Enfrente de él, un bulto negro nadaba dando grandes coletazos y formidables resoplidos. Era un tiburón. Aun comprendiendo que no podía luchar con tan superior enemigo, el valiente aventurero empuñó su cuchillo, resuelto a vender cara la vida. El monstruo se acercaba, y entonces nuestro amiguito, poniéndose el cuchillo entre los dientes para nadar con más libertad, respirando con fuerza para resistir más tiempo, se sumergió en lo profundo de las aguas. Al instante un bulto pasaba por encima de él. ¡Estaba salvado! El tiburón no le había visto. Entonces volvió a la superficie, respirando con ansia, y comenzó a nadar vigorosamente hacia la costa. Cuando, por fin, pudo llegar estaba extenuado y dejóse caer sobre el suelo, desfalleciendo de cansancio. Una vez repuestas las fuerzas, dirigióse al interior, esquivando el encontrarse con hombres armados que de lejos distinguiera. Todo el día continuó caminando sin descansar más que el tiempo preciso para sorber unos huevos de aves marinas que había recogido en las hendiduras de las rocas. Le sorprendió la noche en pleno bosque, y, acurrucado

bajo un árbol, durmióse profundamente, pensando y soñando cosas felices. Encontraba a su padre, huía con él salvando los obstáculos de la revolución. ¡Pobre Miguelín! No podía figurarse el valiente rapaz las aventuras y sinsabores que le deparaba el destino.

Cuando los rayos del sol, penetrando a través de la espesura, despertaron al muchacho, éste se puso en camino inmediatamente, después de sorber otros cuantos huevos, como hiciera la noche anterior. Dos horas llevaría andando por aquellas tierras desconocidas, cuando en una pradera distinguió un rancho, una casa mejicana, cuyo tejado humeaba con los últimos rastros de un incendio. Miguelín no dudó de que la horda revolucionario había pasado por allí. En efecto, unos cadáveres de hombres desaharrapados vinieron a confirmar sus sospechas. Contemplando los muertos de los rebeldes comprendió que los habitantes del rancho debieron defenderse a la desesperada; correteando por la pradera pudo distinguir caballos en libertad, que los asaltantes, sin duda alguna, habían dispersado en sus sentimientos de destrucción. Pru-

(Continuará.)

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Poco a poco van dominándose las dificultades con que tropezamos al adaptar la tirada de JEROMIN a la nueva máquina; dentro de muy pocos números se habrán vencido todas y podremos ofrecer la revista con las grandes mejoras ofrecidas.

No queremos especificarlas, ya las verán y apreciarán el gran esfuerzo y los considerables gastos que nos hemos impuesto para corresponder a la creciente preferencia de los niños españoles y americanos por JEROMIN.

Pueden estar seguros que JEROMIN antes de un mes será la mejor revista de su género y precio, no sólo de España, sino del mundo. ¡Ya lo verán!



¿Que NOTA is saber D an-
T LO LO que D d
gracia 2 cuan NOTA sean
? Pu: muy sencilla.
Lo LO que son nes y
Bl DD a su pad y
E E tad 7 os, que
ja + an Allice
El bien E tar D NOTA
a o conquista
con trab y El
dor hace y el
holgazán

CARTAS DE JEROMIN

Dos vidas tiene el hombre: la temporal y la eterna. Si quieres ser dichoso en una y otra, cumples siempre tu deber para con Dios y para con el prójimo. Para cumplir tu deber no te acobarden las dificultades, pues mientras mayores sean éstas, mayor será la satisfacción de haberlo cumplido.

Jeromín

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

Una cosa colorada
tiene pelos y no es lana,
pica y las come el señor:
usted que es tan resabido
adivine este primor.

(La solución en el próximo.)

Solución del anterior.—La pulga.

FUGA DE VOCALES

C.n.s.d.r., c.n.s.d.r.,
y s.m.p.r. c.n.s.d.r.n.d.
l.s.m.y.i.s.m.p.s.b.l.s.
s.s.l.n.v.n.c.r.c.l.l.n.d.

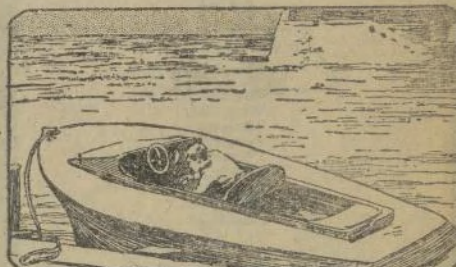
ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del uno al 39 y tendréis el dibujo completo.



2.º ¿Dónde estará el hijo de esa mujer? Ella teme que se haya caído al pozo, pero no; no se ha caído. A ver si lo encontráis vosotros.



Estaba el pequeño Narciso paseándose por los muelles, cuando se le acercó un marinero que llevaba una gran "lata" en una mano, y poniéndole la otra en el hombro, le dijo: —Pequeño, cuida unos momentos de mi gasolina hasta que yo vuelva, pues voy por petróleo, que se me ha terminado. Nar-

ciso se puso muy contento con el encargo, no sólo pensando en la recompensa que recibiría por su servicio, sino porque al partir el marinero le había dicho: —Puedes penetrar en la gasolinera; así vigilarás mejor para que no suceda nada. Esto le daba margen para curiosar todos aquellos artefac-

tos tan relucientes que había en el interior y que ya hacía tiempo que él tenía ganas de verlos de cerca. Al principio no se atrevía a saltar a la gasolinera, pensando que era suficiente con la estrecha vigilancia ocular que ejercía desde la orilla; pero... tentado por la curiosidad y por el permiso ex-



plicito que tenía del dueño de la embarcación, se introdujo en la canoa y se dedicó a manipular lleno de entusiasmo todos los chismes que estaban al alcance de su mano. Mas de pronto la gasolinera dió una violenta sacudida y se lanzó a toda velocidad mar adentro. Narciso había oprimido inopinada-

mente el control de puesta en marcha, y, lleno de pánico, vió cómo, sin explicación posible para él, la canoa se "había despertado". En los primeros momentos nuestro hombre quedó anonadado; mas pronto recobró la serenidad, y aferrándose al volante, logró hacerse con la gasolinera. En esto

un joven que, al parecer, se hallaba haciendo pruebas de velocidad con otra gasolinera, al efectuar un viraje muy cerrado, volcó, con grave peligro de perder la vida. Narciso, que se dió cuenta del accidente, en vez de volverse a la orilla antes de que el dueño de la gasolinera volviera, enfiló prosa al



náufrago, dispuesto a salvarle. Este, al darse cuenta de que iba a ser salvado, redobló sus energías para mantenerse a flote, pues con el aturdimiento que le produjo el accidente ya estaba a punto de hundirse. Pocos instantes después llegaba Narciso, que, cogiéndole por las manos, le izó a flote con no pocos esfuerzos. Ya había sa-

lido del puerto una canoa de vigilancia, cuyo ocupante había presenciado ambos accidentes, el de Narciso y el del náufrago, y acercándose a los dos ocupantes de la canoa, después de felicitar a Narciso por su arrojo, les llevó a remolque hasta la orilla para evitar nuevos desmanes. Ya había llegado el dueño de la gasolinera, que estaba

ceñudo ante la travesura de su pequeño vigilante, pero le perdonó en seguida que el náufrago, pues no otra cosa era el náufrago, le contó la forma en que Narciso le había salvado, y en recompensa le tomó a su servicio mediante la promesa de no volver a enredar en el interior de la canoa.

(Continuará)

VED DE QUE FORMA UN NEGRITO, HIZO UN NEGOCIO BONITO



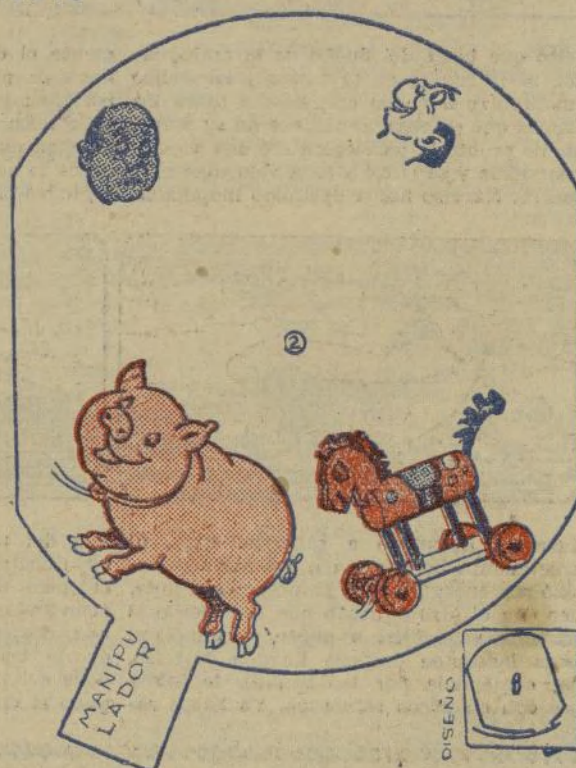


GINNASIA SUECA O RACIONAL

Movimientos de brazos. Primera figura. Manos a los hombros. 2.º Extensión de los brazos lateralmente en dos tiempos. Primer tiempo. Extensión de los brazos de costado. Segundo tiempo. Volver a la posición de manos a los hombros. NOTA.—Los brazos han de extenderse sobre la línea de los hombros y con las manos vueltas hacia el suelo. 3.º Extensión de los brazos horizontalmente en dos tiempos, partiendo de manos en los hombros. Primer tiempo. Se extienden los brazos hacia adelante, teniendo las palmas de la mano frente a frente. Segundo tiempo. Volver a la posición de manos a los hombros.



FIGURAS DE MOVIMIENTO



Péguese la pintura sobre una cartulina y, una vez seca, sepárense sus dos partes. Hecho esto, recórrense y saquense los dos espacios señalados con puntos. Hágase ahora un corte a lo largo de la curva A-B. Tómese la segunda figura y colóquese de modo que el lugar 2 coincida por detrás con el lugar 1 y fíjese con un sujetador. No tenéis más que deslizar el manipulador a través del corte A-B y la transformación es completa. Para conseguir el efecto muevase el manipulador de una parte a otra y veréis cómo tiene lugar un muy divertido suceso.

